

15 céntimos el número



LA VELADA

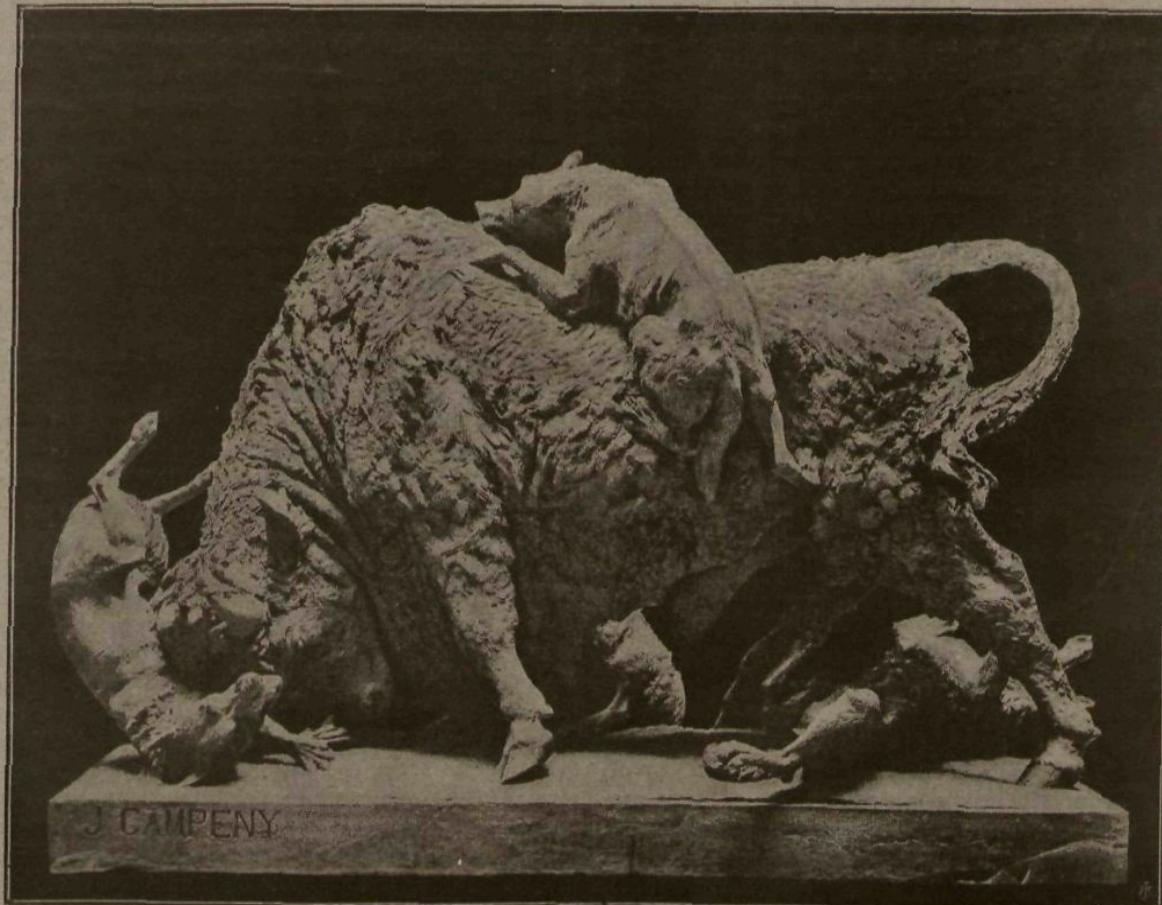
SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 5 Agosto de 1893

Núm. 62

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^á, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



BISONTE ATACADO POR LOBOS

ESCRULTURA DE JOSÉ CAMPENY

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — Función de tarde, por EDUARDO DE PALACIO. — El algarrobo, por M. LLOPIS Y BOFILL. — Los cabellos de oro (poesía), por CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA. — VIAJE A LAS BALEARES: Mallorca (continuación), por M. GASTÓN VUILLIER, traducido del francés por C. V. DE V. — A orillas del precipicio (continuación), por C. SUÁREZ BRAVO. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos.

Grabados. — Bisonte atacado por lobos, escultura de JOSÉ CAMPENY. — Consagración de la iglesia restaurada de Santa María de Ripoll, dibujo de RAMIRO LORENZALE. — La iglesia de Santa María de Ripoll en la función del día 2 de Julio de 1893, dibujo de José CABRINETY. — VIAJE A LAS BALEARES: Patio Sollerich. — El castillo de Bellver y el Terreno. — Escalera de Raxa.



Crónica

T_RAS de las asonadas ocurridas recientemente en París, habíase creído que el 14 de Julio, día de la llamada fiesta nacional, serviría de pretexto para nuevas manifestaciones, y acaso para nuevos alborotos. No fué así, empero, sino que el mencionado día transcurrió con la mayor tranquilidad aunque no con la misma animación de otros años. Los políticos más avanzados, los socialistas, los anarquistas y cuantos conspiran siempre contra el gobierno, se habían propuesto conseguir del vecindario que hiciesen una manifestación sonada, como protesta de los últimos sucesos, y que no tomase la menor parte en la fiesta. Para ello fijaron pasquines en los sitios públicos, en los cuales en tono melodramático se anatematizaba á los hombres que en el día gobiernan la Francia, y se les hacía responsables directamente de la sangre que se había derramado en las calles de París. Este llamamiento no produjo grande efecto, como hemos indicado. Es cierto que en el barrio Latino, como era de suponer, se notó que el vecindario no tomaba parte en los regocijos, pero en los demás barrios las cosas fueron aproximadamente como los demás años, si bien no con la afluencia de forasteros que hasta ahora se había notado en aquella fiesta. Era natural que los extranjeros y los provincianos no se diesen prisa en hallarse en París para aquel día, *en primer lugar*, porque ya se había dicho que la fiesta sería desmedrada, puesto que hasta el Gobierno había reducido las partidas señaladas para las diversiones, y en segundo lugar, porque, con los anuncios fatídicos que también se habían hecho, no querían exponerse á tener que presenciar desde las ventanas de sus habitaciones un nuevo tumulto por las calles de la gran capital.

Preocupa á Francia la cuestión que ha surgido con el reino de Siam. Noticias, si no contradictorias, confusas por lo menos, se han recibido respecto de lo que pasó en aquellos lejanos países. Se ha dicho que los siameses tomaron, saquearon y echaron á pique el vapor francés *Juan Bautista*, sin maltratar á la tripulación que desembarcó en seguida en Bangkok. A la vez se dijo que el gobierno de la nación vecina había ordenado al representante que tiene en la mencionada ciudad que protestase

del acto incalificable de los siameses, quienes cañonearon los buques de Francia con infracción del derecho de gentes. Casi al mismo tiempo que las anteriores noticias se tuvo la de que la infantería de marina francesa se había apoderado de los fuertes de Donthana y Taphum en la ribera del Mekong. ¿Qué hay en definitiva en todo esto? ¿Ha sido en realidad un atropello de los siameses? ¿Ha sido quizás un acto de los franceses que tienden á poseicionarse de algún territorio en Siam? Los ingleses, que miran siempre con vivo interés los asuntos coloniales, no se han pronunciado todavía en sentido alguno, y sólo manifiestan sus periódicos, que á ser cierta la infracción por parte de los siameses de lo que prescribe el derecho de gentes, no se ha de hacer cosa alguna que pueda envalentonarles, antes al revés, apoyar á Francia en sus reclamaciones. Todos aquellos países le cuestan ya á la nación francesa muchos hombres y muchísimo dinero.

Se votaron al fin en Alemania los proyectos militares presentados por el canciller imperial, conde de Caprivi, y manifiestamente patrocinados por el emperador Guillermo II. En la votación alcanzó sólo el Gobierno una mayoría de diez y seis votos, floja mayoría, en verdad, pero bastante para que se convirtieran en leyes los indicados proyectos. Con ellos, en un momento dado, Alemania podrá poner en pie de guerra medio millón de hombres más del contingente que pueda aprontar Francia en el mismo espacio de tiempo. Este asunto traerá consigo gastos inmensos que no se sabe todavía cómo se cubrirán y que será asunto en que habrá de ocuparse el Reichstag alemán así que reanude sus sesiones en otoño. La importancia que daba el Emperador á estos proyectos y el empeño que tenía en verlos aprobados, lo prueba el hecho de no haber salido S. M. de Berlín hasta que hubo recaído la votación á que nos hemos referido. Aprobados los proyectos salió para Kiel y para el mar del Norte, en donde habría de encontrarse con los reyes de Suecia. El acuerdo del Parlamento alemán constituye un nuevo acto en la tragicomedia militar que de años se está representando en Europa y que acabará por agotar las fuerzas de todas las naciones.

Los presupuestos tienen presos todavía en Madrid á nuestros diputados y senadores. Al fin, tras de muchos cabildeos, conferencias y componendas, lleva trazas la cosa de acabar con la aprobación de unos presupuestos en los que, además del ministro de Hacienda y del gabinete todo, habrán guisado también las oposiciones, principalmente la conservadora. Gracias á estos arreglos se ha conseguido sacar el carro del atolladero en que se encontraba metido. Varias cuestiones batallonas se habían suscitado. Era una de ellas el impuesto sobre los vinos, de que hablamos en otra ocasión, y que había levantado energicas protestas en todas las comarcas vinícolas y vitícolas. Una enmienda firmada por varios diputados llevaba camino de apaciguar los ánimos. Según ella, en sustitución del impuesto sobre el consumo de los vinos, se establecería otro de cinco céntimos por litro en los vinos que se vendan con destino al consumo interior, haciendo conciertos con los productores por cantidades que no fuesen menores de las que representa el actual impuesto.

La agitación que reinaba en la Coruña por causa de los malhadados proyectos militares parece que se va cal-

mando. Han entrado ya corrientes conciliadoras, y aquel movimiento, que iba presentando apariencias regionalistas, es de suponer que desaparezca poco á poco, sin que por esto renuncien los gallegos á obtener del Gobierno ventajas que entienden que deben concedérseles. Mucho lo celebraríamos, ya que estas luchas á nada bueno ni á nada práctico conducen.

B.

Función de tarde



A sala está iluminada, sino á giorno, á giornale.

Porque en las funciones de tarde la empresa economiza algunas lámparas.

Empiezan á rechinar los violines, dicho sea sin ánimo de molestar á los profesores, amenazando con la sinfonía, obertura ó abertura de *Guillermo Tal, La Mutta ó Semiramis*.

Los clarinetes gargarizan y el contrabajo parece que tose, aunque con trabajo.

Ruido, animación, varias palmadas que resuenan como petardos en las galerías, y voces que gritan:

—¡Que son las cuatro!

—¿Y los músicos?

—¡Ande la murga!

Y otras delicadezas análogas.

En un palco entresuelo entran dos familias, de á seis ú ocho individuos cada una, entre chicos, grandes y mayores.

En otro palco de platea se ven obligados los concurrentes á tenerse en brazos unos á otros, como á niños de pecho, para ocupar menos espacio y ver la función.

En las galerías hay racimos de espectadores que se estrujan, pelean, y, á las veces, se sacuden las lanas unos á otros y viceversa, otros, á unos.

Por más que de la mayoría puede decirse que todos son *hunos*.

Pero, eso sí, de buena fe.

Se entusiasman con los rasgos de valor de los personajes de la obra que van representar, se interesan por la virtud y aborrecen al delincuente «no honrado.»

Generalmente, en las funciones de tarde, se representan melodramas de «gran espectáculo,» que dicen los franceses.

Exceptuando los teatros por raciones, donde «se cantan» los *artistas*, «se bailan» y hacen títeres.

Todo menos demostrar que son artistas de veras.

Se alza el telón y empieza el melodrama.

La concurrencia se impone silencio á sí misma, con esa intransigencia natural en las muchedumbres.

Si llora un niño, grita un espectador:

—¡A la Inclusa!

¡Dulces sentimientos!

—¡Que le amamanten!

Cuando estornuda un espectador, le gritan:

—¡Á estornudar á la calle!

—¡Arre; arre!

—¡Á la perrera!

En las primeras escenas se inicia el argumento.

Es la exposición de la obra el primer acto.

Pero la verdadera exposición, para el *traidor*, empieza después.

Terminada la representación del primer acto, el público aplaude á los actores como si fueran buenos.

Y ellos, que no oyen una palmada en las funciones de noche, se presentan en escena, reconocidos á la amabilidad de la ilustrada concurrencia.

En el entreacto empiezan los comentarios.

—No, pues ese Milord extranjero, no es bueno; ya verás tú como mata á cualquiera, á traición, por su puesto.

—¿Pero la chica esa, de quién es hija?

—¿*Berta*? Pues la recogieron, siendo pequeñita, en la puerta de la posada.

—Bueno, ¿pero tendría padre y madre?

—¡Toma! y hermanos puede que tuviera también. Todos hemos tenido padre y madre, «siquiera una vez.»

—Lo que yo no entiendo es el por qué la dejaron en la puerta de la posada.

—¿En la puerta? Sería para que no pagara hospedaje.

—Y la marquesa ¿quién era?

—Pues ello mismo lo dice: la marquesa; la mujer del marqués.

—¡Ya! Me da á mí el corazón que esa señora es madre de la chica.

—¡Qué bárbaro eres! ¿Conque una marquesa va á dejar una criatura recién nacida, en el campo ó en medio de una calle, en la puerta de una casa?

En un palco con cargamento cursi, también se ocupan en la crítica del melodrama.

Una señorita, que parece un ejemplar conservado en alcohol, censura el melodrama.

—Hay oscuridad; no se explica cómo esa marquesa no sorprende al inglés para arrancarle el secreto de la niña; y luego la forma; esa prosa vulgar, sin un monólogo en anacreónticas esdrújulas...

El papá, que usa por nariz un plátano y por orejas dos zapatillas suizas, escucha con admiración á su hija.

Y la mamá, que parece una marmota, dice sonriendo.

—Mujer, como función para esa gente que viene al teatro por la tarde. ¿Qué entienden ellos de estas cosas?

Ya en el primer entreacto, la atmósfera es pesada, y el aire se enrarece.

Se nota ese tufillo particular de escuela de primeras letras.

En el segundo acto empieza el enredo, y ya se dibuja el carácter del *traidor*.

En la entrada general empiezan las protestas contra el inglés.

Uno de los espectadores más vehementes de la galería no puede contenerse, y, en un momento de silencio, grita, dirigiéndose al *traidor*:

—¡Granuja! ¡si te conociera esa *probe* como nosotros!...

El argumento se enreda.

En una escena, el inglés trata de envenenar á la inocente *Berta*, después de obligarla á firmar un documento, que no se sabe si es una cesión de bienes ó el parte al juez de guardia, notificándole que se suicida, y recomendándole «que no se culpe á nadie; que se mata por hastío de la vida rural y por el abandono en que la ha dejado un joven matador de novillos.»

Un sujeto de corazón sano aconseja á voces á la chica:

— ¡No firmes, qué te engaña ese tío!

— ¡Silencio, animal! grita otro hombre sano, por lo menos de pulmones.

— Puede que quieras tú que firme, insiste el primero. ¿Llevas parte? Tan bueno serás tú como él.

— ¡Fuera! ¡fueras! chillan varios.

Restablecida la paz y ya en silencio el auditorio, dice un individuo de la galería, á media voz:

— Mira dónde está Calvo: allí en la cuarta fila de butacas.

Alude á un señor sin un pelo, que atiende al espectáculo con igual interés que si asistiese á un drama de verdad.

Una carcajada general sigue á la indicación del espectador del gallinero.

El caballero aludido, entre turbado y furioso, toma su sombrero de copa alta y se le encasqueta.

Sobreviene el tumulto consiguiente.

— ¡Eh! ¡eh! ¡caballero!

— ¡Que se descubra!

— ¡Que baile!

El señor se quita el sombrero, se le coloca en las rodillas y le apabulla de un puñetazo.

Nuevo jolgorio.

Cuando termina, vuelve á atender el público á la representación.

Es en el momento en que el *traidor* invita á la joven á beber una copa de Jerez de González Byas N. P. U.

Allí está el veneno.

— No bebas, la gritan desde la sala, que tiene veneno.

— Que le hemos visto cuando le echaba.

— Sal tú de la concha y mátale, vocean dirigiéndose al apuntador que ha sacado la cabeza para mirar á los espectadores de los altos.

La dama joven vacila.

En el ejemplar dice que *Berta* apura la copa.

Pero teme apurar la paciencia de sus protectores de galería, y duda.

— ¡No lo pruebas!

— ¡Así, bien hecho!

— Pues se acabó el drama, dice por lo bajo á la actriz el cómico que hace de *traidor*.

La muchacha se decide y apura la copa.

Un rugido de protesta sale de todas las bocas de la concurrencia.

— ¡Tonta!

— Te lo estamos avisando... y luego te morirás.

— ¡Ladrón! ¡infame! ¡canalla!

El inglés exclama con satisfacción:

— ¡Ah! ¡mi haber trufado!

Y cae el telón.

El gallinero silba y pide la cabeza del *Milord*.

— Bien dice el refrán: «Los ingleses son traidores á todas las naciones,» ruge un individuo.

La señorita *cursile* opina en su palco:

— Esto es un cúmulo de disparates.

— Pero, hija, ¿para esa gente qué han de representar? Barbaridades, replica la marmota, digo, la mamá.

— Es que también venimos otras personas que, por nuestras muchas ocupaciones, no podemos asistir á las funciones de noche, como la misma empresa dice en los carteles, y debieran tener consideración con nosotras.

— ¡Qué hija tengo! piensa el padre.

Pasa el tercer acto sin más incidente que un suspiro ruidoso y odorífero en el gallinero.

Varios espectadores arrean de palabra al autor del suspiro.

Otros le gritan:

— ¡A la cuadra!

— ¡A la pocilga!

Berta no ha fallecido.

Ciertos venenos no dan resultado hasta el fin del trimestre, y otros hasta fin del año económico.

Luego que, á las veces, el hombre malo es torpe, y á lo mejor se equivoca.

Y el *traidor* había tomado la copa del tósigo por tomar la otra.

Y muere el *traidor*, al fin del melodrama, retorciéndose con los dolores del interior y renegando de su mala suerte.

Pues, á pesar de ello, suele deber la integridad de su individuo al veneno mortífero.

Porque, en algunos teatros, esperan á la salida al *traidor* varios espectadores de los más honrados y calientes de sangre, para administrarle una paliza ó algo más.

He conocido algún caso.

— ¿Es usted el *traidor*? preguntó un individuo de los de un pelotón de concurrentes á la entrada general.

— Hombre, no, respondió un tanto alarmado el cómico; yo soy Juanito Fernández, el actor de carácter de la compañía; un vecino honrado y laborioso.

— Pero *traidor*?

Gracias á la intervención de la autoridad, pudo escapar *eliseo*, como él decía cuando relataba la aventura, en lugar de decir «ilesos.»

EDUARDO DE PALACIO.



El algarrobo

POTENTE y duro como una peña el tronco, liso y lustroso en sus primeros años, y áspero y lleno de sinuosidades y excrecencias cuando empieza á envejecer; tortuosas y regulares las ramas que penden hasta el suelo cuando el árbol ha adquirido gran desarrollo; recias, gruesas y pequeñas las hojas, de color verde azulado en su parte superior y ceniciento en la inferior; colgante el fruto, que contiene una pulpa jugosa y simientes chatas y duras; respirando en todo su ser energía y robustez, al propio tiempo que cierto abandono y desaliento, tal es el algarrobo.

La Botánica lo clasifica entre los árboles de la familia de las leguminosas y clase de las peripetalias.

Sus hojas no le abandonan durante el invierno. Tiene, pues, hojas perennes, y de él podemos decir, quizá poetizándole algún tanto, aquello de

«Conserva de ses fulles la eterna primavera.»

Oriundo de Asia é importado, según todas las noticias, por los árabes en España, como parece indicar su nombre, crece abundantemente en Palestina, Egipto y otras regiones del Norte de África, Nápoles, isla de Cerdeña, Provenza y costa de Levante de nuestra Península, especialmente en Valencia.

No tiene ciertamente el algarrobo el glorioso abolengo

del olivo, tantas veces mentado en el Génesis, y símbolo de la abundancia; ni el del laurel, que la antigüedad pagaña consagró á Apolo, y con cuyas hojas eran coronados los poetas y los vencedores; ni la excelencia del naranjo, de olímpico fruto y exquisito perfume; ni la belleza de ciertos árboles que, como el almendro, el manzano y otros, anticipada primavera cubre de blancas ó rosadas flores; ni la arrogancia del roble, término de comparación para todo lo que indica fuerza y entereza; ni la elegancia del álamo blanco, de móvil y plateada hoja; ni la gallardía del pino; ni la majestad del cedro ó del abeto; ni la gentileza de la palmera.

El algarrobo no es un árbol de cualidades brillantes, no es un árbol de formas atractivas. Es, por el contrario, modesto y oscuro, pero laborioso y honrado; cumple lo que promete y nada más. Es de carácter acomodativo y poco exigente en sus gustos, dentro de sus condiciones naturales. No requiere solícitos cuidados, ni grandes dispendedios, ni dolorosos sacrificios. Un cultivo sencillo y verdaderamente patriarcal, al alcance de todas las inteligencias y al nivel de todas las bolsas, pues el algarrobo no ha tenido la fortuna de llamar la atención de la moderna ciencia agrícola, quizá á causa de su misma modestia é insignificancia. Dos labores ó rejas (vuelta que se da á la tierra con el arado), una en primavera y otra en el otoño; una poda bien entendida, procurando que el árbol no tenga más ramas que las que buenamente pueda mantener, debiéndose, por tanto, cortar las que se han secado ó carcomido, y las que se ensanchan demasiado, y, si se quiere, algún abono durante los primeros años del árbol, es todo lo que exige, todo lo que requiere, y bien poco es por cierto. Sólo en caso de necesidad deben cortarse las ramas que miran al Norte. Las expuestas al Mediodía se cortarán de modo que el sol (del cual tiene el algarrobo gran necesidad) pueda penetrar bien entre el ramaje. En estas operaciones debe procurarse que el sitio donde se hagan los cortes quede bien liso, efectuándose, siempre que sea posible, en dirección casi perpendicular á la rama.

A cambio de estos cuidados ¿qué da? Sesenta ó más arrobas de fruto al año, pues esto ha llegado á producir un solo árbol de esta clase que había adquirido notable desarrollo. No puede pedirse ni más fecundidad ni mayor desinterés.

El algarrobo vive bien en toda clase de terrenos, ya fértiles, ya áridos; ya llanos y de buen fondo, ya sueltos, altos y pedregosos. Podemos decir que crece en cualquier parte: en la cima de una loma, en las quebradas de los montes, en la grieta de una peña, en la pendiente de una montaña, en el fondo de un barranco, en el borde de una torrentera. Aprovecha admirablemente terrenos que otros árboles y plantas han desdoblado. Pero, agradecido ante todo, á mejor terreno, á cultivo más esmerado, á más nutritivo abono, corresponde con mejor y más abundante cosecha. El terreno de seco no le sienta mejor que el de regadio.

Como buen meridional huye de los fríos, cuyos efectos le son desastrosos. Dígalo, sino, el terrible invierno de 1830, cuyos fríos, que se han hecho legendarios en Europa, (se helaron la mayor parte de los ríos aun en naciones de clima templado como España é Italia), causaron la muerte de gran número de estos árboles. En nuestra costa de Levante y en las inmediaciones de Barcelona, fueron muchos los algarrobos que perecieron. Otros inviernos, con sus heladas, han causado, si no la muerte del árbol, la pérdida de una ó sucesivas cosechas.

Aunque poco exigente, según hemos dicho, en una cosa muestra, sin embargo, su complacencia, y es en aspirar las brisas marinas. Conocido es aquel apólogo, en el cual la pita, alejada violentemente del mar, su inseparable compañero, languidece, enferma y muere de pesadumbre y de dolor. Algo de esto podríamos aplicar al árbol de que se trata. En efecto, los algarrobos plantados cerca del mar resultan, en igualdad de circunstancias, más productivos y frondosos que los plantados lejos de él, los cuales se crían como raquílicos y entecos.

Se divide el algarrobo en dos especies generales, que son: algarrobo macho ó judío, y algarrobo hembra. Aquél tiene la hoja menor y más redonda que éste, y las ramas más blancas y derechas. La especie macho se subdivide en algarrobo de flor blanca y algarrobo de flor encarnada. Éste es más fecundo y da mejor fruto; aquél resiste mejor los fríos. Hay una clase de algarrobos que contiene los dos sexos.

La vida de los algarrobos es muy larga, pues los hay que cuentan más de doscientos años. Estos árboles, que el tiempo con su acción desoladora no ha llegado á abatir; que permanecen enhiestos y en pie, cuando han desaparecido civilizaciones, instituciones y gobiernos, bajo los cuales se plantaron; testigos mudos que fueron de tantos sucesos, inspiran cierta veneración y respeto. Pero si el tiempo no les abate, no por esto deja de imprimirlles su huella indeleble, pues llegan á viejos medio dislocados; perdido parte del ramaje, que, seco, ha ido cayéndose á pedazos; ahuecado el tronco en cuyas concavidades crece el musgo y anidan las avispas; con sus raíces al aire pugnando por salir de la tierra, y extendiéndose por ésta como inmensas culebras.

En tal estado suele invadirles la carcoma interna, que es una de las pocas enfermedades que los atacan. Entonces no hay más recurso sino quitar la parte dañada hasta llegar á la sana, y el hacha del leñador con sus redoblados golpes se encarga de librarr al árbol de los miembros carcomidos.

El algarrobo se multiplica de tres maneras. Por medio de rama desgajada, por medio de estaca y por simiente. Según el primer método, durante el mes de Octubre se planta una rama en un hoyo dándole algunos riegos en el caso de que no llueva, y abonándola convenientemente. El segundo método es algo tardío. El tercero es el más seguro.

La cosecha se verifica desde últimos de Agosto á fines de Septiembre. Luego que una buena parte del fruto se encuentra ya desprendido del árbol, á causa de su madurez, empieza la faena por medio de cañas con las cuales se hace caer el fruto no desprendido, y luego se recoge del suelo. Esto debe hacerse muy cuidadosamente para no perjudicar la cosecha del año próximo, por ello es preferible no usar cañas, sino coger el fruto con las manos.

Se emplea el fruto del algarrobo como un excelente alimento para las caballerías, y como pasto agradable para el ganado lanar, vacuno y de cerda. La madera del algarrobo (cuando éste no es viejo) la tienen en mucha estima los carpinteros para confeccionar mangos, palas, cepillos, etc.

El algarrobo es uno de los árboles que más rendimientos da, si se atiende al poco gasto que importa su cultivo, al escaso abono que requiere y á que su fruto se vende casi siempre con facilidad.

Hoy, que la filoxera devasta sin compasión nuestros viñedos; hoy, que otras muchas plagas disputan al atribulado labrador el escaso resultado de su cosecha vinícola;

hoy que nuestros caldos, por un conjunto de causas que ahora no es del caso examinar, no logran alcanzar precios remunerables, creemos conveniente y oportuno volver la vista hacia cultivos menos expuestos que el de la vid, en los actuales momentos, á calamidades y á contratiempos.

Se dirá que el algarrobo tiene un grave inconveniente, y es la desesperante lentitud con que crece. Es cierto; pero este inconveniente puede obviarse en parte plantando los árboles algo crecidos, y abonándolos después durante algunos años.

La plantación de árboles es, por por otra parte, siempre conveniente, y en España es hoy día necesaria, dada la escasez de ellos.

Sabido es que los árboles purifican la atmósfera; templan la crudeza de las estaciones; regularizan las lluvias, favoreciendo la frecuencia de éstas, y disminuyendo las

probabilidades de los grandes aguaceros; bonifican las tierras incultas. En una palabra, son infinitos los beneficios que producen, y bien podemos decir con un autor moderno que sin árboles no hay lluvias, y sin lluvias no hay agricultura posible.

Favorezcamos, pues, por cuantos medios estén á nuestro alcance, la plantación de árboles; de lo contrario, resignémonos á ver nuestros campos fluctuar siempre entre la sequía que todo lo agota y la inundación que todo lo devasta; resignémonos á contemplar esas comarcas áridas y pedregosas, resistentes á toda labor y á todo cultivo, imagen de una naturaleza ya agotada; esas llanuras secas y polvorrientas sin una hierba que en ellas verde, sin un hilo de agua que por ellas discorra, y resignémonos á hacer enteramente nuestro aquel proverbio oriental que dice: «La sombra es la felicidad del árabe.»

M. LLOPIS Y BOFILL.

LOS CABELLOS DE ORO

FERMOLOS cabellos de oro,
principio y fin de mis glorias,
vos sólo sois mi tesoro,
prendas sois, y sois memorias
de la luz en quien adoro!

Celebro esta perfección,
aplicando con razón
estos divinos despojos
á la boca y á los ojos,
y al lado del corazón.

Sed testigos, pues venistes
á parar á mi presencia,
de tantos gemidos tristes
engendrados en ausencia
de la flor donde naciste.

¡Cuán bien os podéis quejar
de que os hiciese cortar!
Mostrad, que es justo despecho:
á quien tal daño os ha hecho
no le queráis consolar.

Estábades adorados
con majestad y poder,
de mil flores adornados,
y ahora venís á ser
de mis lágrimas bañados.

En lugar de estos despojos
ofrezco penas y enojos
siempre prontos á serviros,
enjugando con suspiros
lo que bañaron mis ojos.

No siento ya mi pasión,
ni me afijo cuando lloro,
porque es feliz la prisión
donde con cadenas de oro
se liga mi corazón.

Gozoso estoy rodeado
de metal, que es tan preciado;
que mi prisión sin igual
es del más alto metal
que amor jamás ha labrado.

Más bellos me parecéis,
si, cuanto más os contemplo,
que sois y siempre seréis
del sol retrato y ejemplo
por lo que resplandecéis.

Aviva los resplandores
este cordón de colores
con que venís recogidos,
y alegrando mis sentidos,
sembráis en mi pecho ardores.

Para más confirmación,
lazo hacéis de vos cabello,
y del precioso cordón
nudo, que aprieta mi cuello
en señal de sujeción.

Al punto que os conocí,
la libertad os rendí,
de suerte que si hay momento
que os-niegue mi pensamiento,
huya mi alma de mí.

CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA.



Patio Sollerich

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

CIERTA mañana, siguiendo el mismo camino que tomáramos para visitar el pino de los Moncadas, emprendimos una excursión al castillo de Bellver. Llegados al Terreno, dejamos al cabo de poco tiempo la población, para seguir la escarpada pendiente de una colina, cuyas laderas cubre un frondoso pinar.

Un rico palmezano, movido por sus religiosos sentimientos, ha construído en esas soledades una capilla, en la cual se conservan los restos de san Alfonso Rodríguez, en el sitio en que, según la tradición, la Virgen María, en medio de deslumbrantes resplandores, aparecióse al santo, que, rendido por la fatiga, subía trabajosamente la pesada cuesta, y secó amorosamente sus sienes que bañaba abundante sudor. Representa este paso de la vida del santo uno de los cuadros que adornan el interior de la capilla.

Al cabo de breve tiempo llegamos al punto donde se levanta el castillo, ceñuda fortaleza de los tiempos medievales, en la cual, y en su torre del homenaje, estuvo encerrado Francisco Arago durante dos meses, en virtud de ciertos hechos cuya narración no está desprovista de interés.

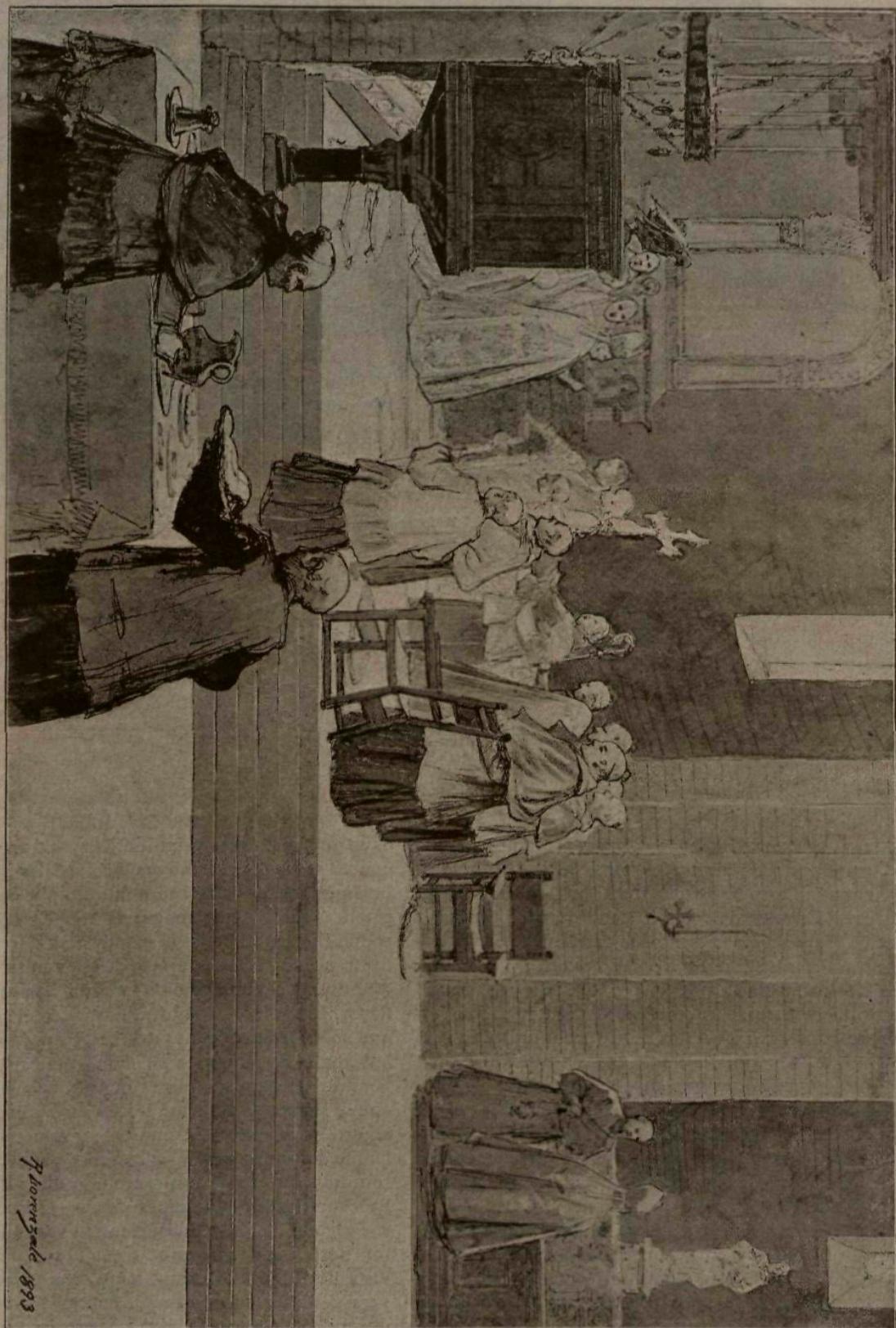
En 1808 trasladóse el ilustre astrónomo á Mallorca, con el propósito de continuar sus trabajos relativos á la medida del meridiano terrestre. Para ello mandó encender fogatas en la cumbre de un monte que domina á Bellver, hecho que, preocupando no poco á los habitantes de Palma, que no sabían darse razón plausible y satisfactoria

de lo que tales fogatas significaban, acabaron por deducir que no podían ser otra cosa que señales para mantener inteligencias con la escuadra francesa; y como por aquel entonces andábamos en guerra con España, irritado el populacho, encaminóse al monte para dar buena cuenta del francés que así se burlaba de ellos en su propio país.

Advertido el astrónomo por un hombre de su confianza, encaminóse á Palma. Topóse en el camino con los que no pretendían menos que hacerle pedazos; pero como hablaba á la perfección el idioma del país, dirigióse, valiéndose de él, á sus perseguidores, debiéndose á ello el que se librara de sus iras. No se juzgó, sin embargo, muy seguro, y al efecto reclamó asilo y protección al jefe del buque destinado por el gobierno español á auxiliar á la comisión que tenía á su cargo la medida del meridiano. Sabedores los mallorquines de que el que juzgaban su enemigo se había refugiado en el buque, invadieron los muelles en actitud provocativa y al par amenazadora, en vista de lo cual el comandante, que carecía de medios para defender su existencia, concedióle un bote dentro del cual pudo ganar la costa y llegar después á la fortaleza de Bellver, escapando de esta suerte á los desalmados que de cerca le perseguían.

Allí permaneció encerrado dos meses, al cabo de los cuales, en una barca de pescadores, se trasladó á Argel, donde le esperaban nuevos azares y vicisitudes.

El castillo de Bellver, levantado para impedir, en caso



CONSAGRACIÓN DE LA IGLESIA RESTAURADA DE SANTA MARÍA DE RIPOLL

DIBUJO DE RAMIRO LORENZALE



LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE RIPOLL EN LA FUNCIÓN DEL DÍA 2 DE JULIO DE 1893

DIBUJO DE JOSÉ CABRINETY

necesario, la entrada del puerto de Palma, constituye un resto curioso de la arquitectura militar de la Edad Media. Sus elevadas murallas se hallan flanqueadas, exteriormente, por cuatro torres y otras tantas torrecillas. En su conjunto se compone de un recinto circular de dos pisos, con dos galerías superpuestas, de las cuales la inferior, con sus arcos en plena cintra, recuerda, según opinión de J. B. Laurens, los anfiteatros romanos; en tanto que la superior, con sus elegantes ojivas y sus esbeltas columnillas, retrae á la imaginación los claustros más elegantes del siglo xv.

La fortaleza se enlaza por medio de dos puentes á la robusta torre del homenaje en la cual estuvo preso Arago. Dicha torre había servido antes de prisión de Estado á diferentes personajes, entre los cuales puede citarse el ilustre Jovellanos, ministro que había sido de Carlos IV, distinguido publicista y poeta dramático. En su prisión, y para distraer los forzados ocios á que su desgracia le tenía reducido, escribió la historia de las escenas de que

una estrecha escalera subimos á la inmensa sala biblioteca, en la cual reunió el sabio cardenal cuanto de notable pudo encontrar, en lo que á bibliografía se refiere, en los mercados de España, Francia é Italia. Según parece, á lo que con la numismática y las artes de la antigüedad dice relación, nada deja que desear.

En esta sala encontró Jorge Sand, envuelta en una aventura, cuya responsabilidad pesa exclusivamente sobre ella al decir de los mallorquines.

En su libro *Un hiver à Majorque*, da cuenta de un descubrimiento, por demás curioso, relativo á los orígenes de los Bonapartes, debido á M. Tastú, esposo de madama Amable Tastú, la musa encantadora.

«El aficionado á la ciencia del blasón, hallará también un precioso armorial, en el cual se hallan reproducidos con sus esmaltes y colores los escudos de armas de la nobleza española, con los de las familias aragonesas, mallorquinas, rosellonas y del Languedoc. El manuscrito, del siglo xvi, á lo que parece, había pertenecido á la familia Dameto, enlazada con los Despuig y los Montenegro. Hojeándolo hemos encontrado en él el escudo de los Bonaparte, antecesores de nuestro Napoleón.» (Notas de M. Tastú).

Visitando Jorge Sand las ruinas del convento de Santo Domingo, en Palma, encontró la tumba blasonada de los Bonaparte, cuyas armas eran: partido de azur, cargado de seis estrellas de oro, de seis puntas, dos, dos y dos; y de gules, con un león de oro rampante; jefe de oro, cargado con una águila naciente, de sable.

En 1411 Hugo Bonaparte, natural de Mallorca, pasó á la isla de Córcega en calidad de regente ó gobernador por el rey Martín de Aragón.

La célebre escritora francesa añade: «¿Puede darse escudo más pretencioso y simbólico que el de esos caballeros mallorquines? Ese león en ademán de pelear; ese cielo sembrado

de estrellas, de que procura desprenderse el águila profética, no viene á ser algo así como el misterioso jeroglífico de un destino poco común? Napoleón, que amaba la poesía de las estrellas con una especie de superstición, y que dió por blasón á Francia el águila caudal, tuvo acaso noticia de su escudo mallorquín, y no habiendo podido remontarse hasta la fuente presunta de los Bonaparte provenzales, guardó significativo silencio respecto de sus abuelos españoles?...»

Las notas de M. Tastú, referentes á las colecciones del conde de Montenegro, añaden:

«También se encuentra en esta biblioteca la hermosa carta náutica del mallorquín Vallseca, manuscrito de 1439, verdadera obra maestra de caligrafía y de dibujo topográfico, enriquecido con todas las habilidades del miniaturista ó imaginero.

»Dicha carta había pertenecido á Amerigo Vespucio, que la pagó á muy buen precio, según resulta de cierta leyenda del tiempo, que se lee en el reverso de la misma, y dice así: *Questa ampla pelle di geographia, fu pagata da Amerigo Vespucci CXXX ducati di oro di marco.*

»Copiando esta nota, añade Jorge Sand, se me erizan los cabellos, puesto que acude á mi memoria una escena espantosa. Nos hallábamos en esta misma sala biblioteca



El castillo de Bellver y el Terreno

habían sido testimonio aquellos viejos muros: homicidios, luchas, traiciones, dramas misteriosos, en los cuales eran actores y víctimas, cristianos que se mataban despiadadamente.

Este castillo fué tumba del infeliz general Lacy, que fué fusilado en uno de sus fosos.

Admirable es el panorama que se disfruta desde lo alto de las torres del castillo de Bellver, que domina la extensa bahía de Palma.

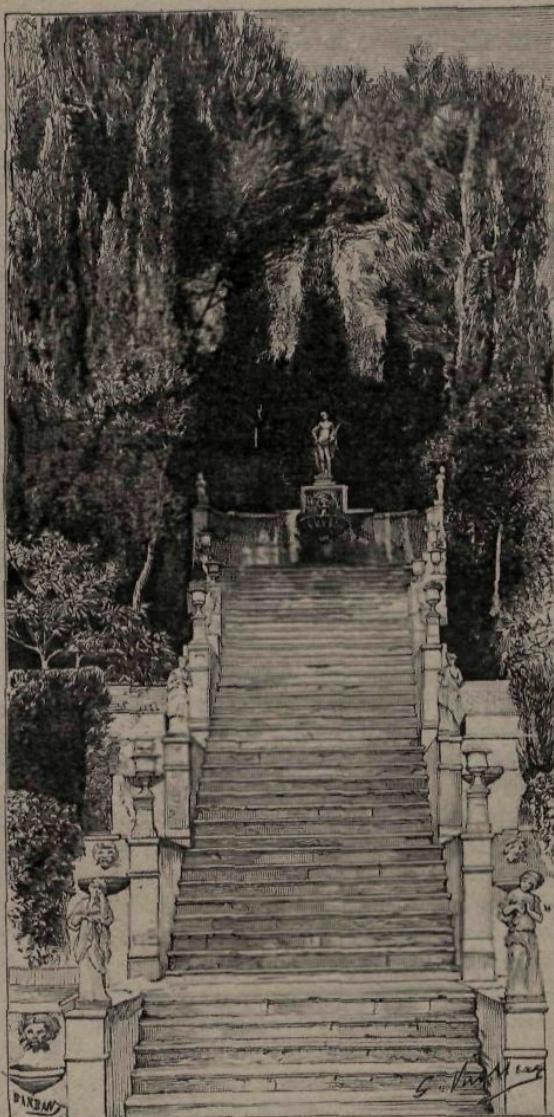
Antes de continuar,—en compañía de mi buen amigo y excelente guía el señor Sellarés,—la visita á los bellos monumentos de la ciudad, nos trasladamos al palacio del conde de Montenegro.

Las ricas colecciones que se guardan en esa severa y antigua morada, han sido formadas por el cardenal Antonio Despuig, amigo íntimo de Pío VI, y tío del conde.

Recorrimos una á una las vastas salas cubiertas de magníficas pinturas de todas las escuelas, de las cuales algunas hay que son verdaderas maravillas. Recuerdo entre otras un Ribera que representa á un santo iluminado, lleno de color y de luz, que produce la viva impresión de un anciano monje español visionario y extático.

Después de habernos fijado en la contemplación de riquísimos tapices y armas de gran precio, por medio de

de los condes de Montenegro: el capellán de la casa desarrollaba ante nuestros ojos una carta náutica; ese monumento inapreciable por su valor y rareza, por el cual pagara Américo Vespucio 130 ducados de oro, y sólo Dios sabe cuánto el entusiasta amador de antigüedades, el cardenal Despuig, ... cuando á uno de los cuarenta ó cincuenta criados de la casa, con el objeto indudablemente de sujetar mejor contra la mesa la dichosa carta geográfica,



Escalera de Raxa

fica, á fin de que pudiéramos examinarla más á nuestro sabor, ocurriósele colocar encima de uno de sus ángulos un tinterillo colmado de tinta hasta los bordes.

»El pergamo, arrollado habitualmente y movido acaso en aquel instante por algún travieso diablillo, crujío, encogióse, dió una sacudida y arrollóse sobre sí mismo, arrastrando de paso el malhadado tintero que desapareció en el rollo, sin que nadie lo pudiera evitar. Todos lanzamos un grito: el capellán quedó más pálido que el mismo pergamo.

»Desarrollóse cuidadosamente el mapa, abrigando aún la lisonjera esperanza de que el desperfecto no habría sido cosa mayor. ¡Nada menos que esto! El tintero estaba completamente vacío, el mapa inundado, y los lindos reyezuelos que pocos momentos antes eran preciosas minia-

turas, nadaban materialmente en un mar más negro que el Ponto-Euxino.

»En presencia de semejante espectáculo no hubo quien no perdiera la cabeza. Si no recuerdo mal el capellán se desmayó; los criados vinieron con grandes baldes llenos de agua, como si se tratara de extinguir un incendio, y con esponjas y estropajos emprendieron la tarea de limpiar la carta borrando y llevándose por delante, reyes, mares, islas y continentes.»

Como continuación de nuestra visita á las colecciones que encierra el palacio del conde de Montenegro, al cabo de algunos días hicimos una excursión á la alquería de Raxa, en la cual se halla una rica colección de antigüedades que pertenece al mismo propietario.

Un lodoño gigantesco cubre con su sombra protectora el patio de honor. Los miembros del felibrije, que habían visitado esta morada el año precedente, creyeronse transportados por arte de encantamiento al Mediodía de nuestra Francia, en cuya región es cosa común ver árboles de la propia especie, cubriendo las granjas que tienen mucho parecido con antiguos mansos, con lo cual acudió á su memoria, sin darse cuenta de ello, la dulce canción de *Magali*, con el grato recuerdo de Mireya.

La situación de la alquería no puede ser más encantadora, en el centro de un valle lleno de flores y frutales que hacen de él un verdadero verjel florido, rodeado por todas partes por graciosas montañas.

En tiempo de los moros el nombre de esta finca era Araxa. Cerca de ella se encuentra un predio que todavía lleva el nombre de Beni Atzar, del ilustre árabe á quien perteneció.

G. V. DE V.

(Continuará).

A orillas del precipicio

(CONTINUACIÓN)

PRESA de un malestar moral y hasta físico, contra el cual hacía lo posible por rehacerse; á la caída de la tarde penetró en su escritorio situado en el centro de Madrid, y vió con sorpresa, al llegar á su despacho, ocupado el sillón por la imagen que no podía echar de la imaginación, por su hijo Carlitos, que al verle pegó un salto y se encaramó, como de costumbre, hasta sus brazos. La ocasión no podía ser más apropiada para que el niño se presentase á los ojos de Luciano como la imagen del remordimiento, y cuando después de besarle le sentó sobre sus rodillas, tuvo que hacer un grande esfuerzo sobre sí mismo, para dar á su rostro la expresión de ternura habitual.

—¿A qué has venido, Carlitos, y con una tarde tan mala? dijo separando un poco los sedosos cabellos que cubrían la frente de su hijo.

—¿No has visto á la puerta el coche de la tía Mercedes? contestó Carlitos. Allí está la niñera esperándome.

Tan distraído venía Luciano que, en efecto, no advirtió el coche de su hermana parado á la entrada de la casa.

—Vamos á ver, diablillo, dijo besándole otra vez. ¿Qué idea te ha dado de venir aquí á estas horas?

El rostro de Carlitos se puso serio, y clavando sus hermosos ojos en los de su padre, articuló estas palabras:

—Tengo que hacerte una pregunta. No me engañarás ¿eh?

—Ya sabes que yo nunca te engaño, le contestó Luciano procurando sonreir. Vamos á ver, qué pregunta es esa tan importante.

—¡Me has de decir la verdad!

—Sí, hijo mío, sí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo solemnemente, dijo Luciano con gravedad cómica, cogiendo al niño por la barba y poniendo el oído cerca de su boca.

Pero inmediatamente se echó hacia atrás y su rostro se cubrió de ligera palidez.

El niño había deslizado en su oído estas palabras:

—¿Eres bueno?

La pregunta, como el dedo que toca un botón eléctrico, provocó una tempestad en el corazón de Luciano. ¿Era el niño instrumento de alguna alma caritativa (su hermana, por ejemplo), que quizás, sabedora del paso que iba á dar, le atravesaba en el camino el más poderoso de los sentimientos del hombre, el amor paternal? ¿Respondía aquella pregunta á una inspiración germinada por Dios en el alma del inocente? ¿Era obra de la casualidad?

Fuera lo que fuese, Luciano, profundamente perturbado, no se sintió con valor para engañar á su hijo, y sorteó la dificultad dirigiéndole estas palabras:

—¿Y por qué me haces esa pregunta, Carlitos?

—Ya sabes, continuó éste en el mismo tono misterioso. Hoy es la noche en que vienen los Reyes á dejar sus regalos en el balcón de los niños que son buenos.

La confusión de Luciano aumentó. Era el primer año, después del nacimiento de su hijo, en que se olvidó de aquella fiesta, que tan puros goces le había proporcionado al preparar las sorpresas infantiles del balcón, en años anteriores.

Su silencio y el triste embarazo que se retrató en su semblante fueron para el niño una revelación. Se le humedecieron los ojos y dijo, abriéndolos y fijándolos en su padre con expresión de reproche:

—Veo que te has olvidado del día, y no has enviado á los Reyes el aviso de que soy bueno.

—Pierde cuidado, hijo mío, murmuró Luciano, metiendo su rostro por el de su hijo y besándole para que no advirtiera su confusión. Yo mandaré el aviso á los Reyes y ya verás mañana por la mañana los hermosos juguetes que te van á dejar en el balcón.

—¿Sabes tú dónde estarán ahora? insistió Carlitos con un resto de desconfianza.

—Sí, por cierto, sí. Están muy cerca de aquí y yo te prometo que el aviso llegará á tiempo.

El niño, tranquilizado, empezó á moverse sobre las rodillas de Luciano, y para dar ocupación á las manos, tomó una pluma y se puso á trazar figurones sobre una hoja de papel blanco que estaba sobre el pupitre, volviendo su lindo rostro cuando la necesidad del diálogo lo exigía.

—¡Qué gusto! Ahora que soy mayor, me traerán cosas mejores. Papaíto, ¿no podrías decirles que me trajesen uno de esos lagartos que andan solos? ¿y un ferrocarril? ¿Y también una caja de pastillas finas para darle de cuando en cuando á mamá?

—Habrá de todo; yo te lo prometo, porque sé que los Reyes te quieren mucho. Pero dime, añadió Luciano como respondiendo á la sensación de la herida que habían abierto en su turbada conciencia las primeras palabras de su hijo, ¿por qué me preguntabas antes si era bueno?

El niño se volvió á su padre y dijo, haciendo un gracioso mohín con su rostro vivaracho:

—Es que la tía Mercedes me ha enterado de una cosa que yo no sabía.

—¿Qué cosa? balbuceó Luciano interrumpiéndole con sobresalto.

—Que no basta que los niños sean buenos para que los Reyes traigan regalos, se necesita también que lo sean los padres. Yo esto no lo sabía, y por eso vine á preguntártelo. ¿Lo sabías tú, papaíto?

Luciano respiró al oír esta respuesta y dijo maquinalmente:

—Sí, Carlitos, ya lo sabía. ¿De modo que también habrás preguntado á mamá?

—¿Si es buena? ¿Me crees á mí tan tonto? Yo ya sé que mamaíta es buena, porque la veo á todas horas. Pero tú pasas muchas fuera de casa y... ya ves... no sé si haces cosas buenas ó malas.

El candor pícaro con que el niño hizo esta observación acabó de desazonar á Luciano, que sintiendo que las lágrimas le subían del corazón á los ojos, ocultó la cara llevándose á ella el pañuelo.

—¡Calla! dijo el niño, que sorprendió la acción poniéndose serio. —Tampoco á tí te gusta que te vean llorar? ¡Es particular! Lo mismo que mamá. —Es malo llorar, papaíto?

—¿Has visto llorar á mamá? dijo Luciano violentándose para aparentar serenidad.

—En estos días algunas veces. Pero en cuanto advierte que yo lo veo, hace lo mismo que tú, vuelve la cabeza, y, si le pregunto por qué llora, se pone á sonreir y me lo niega. Pero la niñera me va á reñir, si la hago esperar más. Tiene muy mal genio. Te dejo para que pongas el aviso á los Reyes.

Después de abalanzarse al cuello de su padre y cubrirle de besos, pegó un salto y se dirigió á la puerta; pero antes de trasponerla se volvió y dijo desde el umbral, mientras levantaba el cuello de su abriguito con aire de persona mayor:

—Papá, ya sabes que me lo has prometido y los padres no engañan nunca. Los Reyes pasarán por el balcón, ¿verdad?

—Sí, hijo mío, sí, dijo Luciano.

—Vuelve á prometérme, insistió el niño con la pesadez propia de la infancia.

—Te lo vuelvo á prometer.

—Pues no te olvides del lagarto. Y mira que los Reyes traigan algo á mamá para que no llore.

Dicho esto desapareció.

Luciano no tuvo fuerzas para seguirle y se quedó anodado en su sillón.

III

La noche es desapacible en sumo grado. Por los focos de luz que despiden los cristales empañados se ve á la nieve arremolinarse arrastrada por las ráfagas heladas que soplan del Guadarrama. Las pocas personas que transitan por las calles van como escapadas, volviendo la cara al cierzo que las azota, y procurando encoger su cuerpo y estirar sus abrigos. Es una de esas noches madrileñas, en que los cuatro ó cinco grados bajo cero de la temperatura se duplican y triplican por la impetuosa movilidad del aire, noches que congregan á los afortunados en torno de las estufas y de las chimeneas, y sorprenden siempre cruelmente á la pobreza indefensa.

Por una de las calles inmediatas al centro se ve á un hombre embutido en un gabán de pieles con el cuello levantado hasta los ojos y con el paraguas en alto, que

sacude de cuando en cuando para despedir la nieve, el cual no va de largo como los demás transeúntes y pasea de un extremo á otro de la calle. Su objetivo debe hallarse en un café, cuyas anchas puertas y ventanas despiden torrentes de luz por cristales cubiertos de vapor acusoso medio congelado y de donde salen, de cuando en cuando, bulliciosos gritos y palmadas. Algun motivo apremiante impulsa al rondador á mantenerse, arrostrando el frío y la nieve, en las cercanías del café, y aun á investigar de tiempo en tiempo, pasando su pañuelo por los cristales, lo que ocurre dentro.

Es Juanito Vélez que espía á distancia la llegada de Luciano, que no llega, para prevenir á Amalia, según lo convenido. Dos ó tres veces ha penetrado en el café por una puerta lateral y ha paseado, desde un sitio apartado, sus ojos por el concurso, pero aunque la cantadora está en su puesto, ni Meneses ni Luciano han parecido. La ausencia del primero no sorprende á Juanito, pues por noticias del club se había enterado de que dejaba definitivamente el puesto á su rival; pero ¿por qué éste no se presenta á gozar de su triunfo? La misma inquietud debía tiranizar el ánimo de La Pelufres, pues no se abría ninguna de las puertas sin que dirigiese rápidamente sus ojos negros sobre el que entraba, notándose, por el fruncimiento de sus cejas, la contrariedad cada vez mayor que experimentaba al ver que no era Luciano. Ya había cantado dos ó tres canciones de su repertorio, pero sin el brío y el desgarro que tanto entusiasmaban al auditorio. Alguno de los rufianes de su séquito le hablaba de cuando en cuando al oído, sin duda para calmarla, pero ella, con su costoso pañuelo de Manila terciado y el brazo derecho en jarras, apenas se dignaba contestar y seguía clavando en las entradas del café sus ojos, cuyas luces sombrías, á cada decepción, eclipsaban las de los gruesos diamantes que adornaban sus orejas y su cuello.

Con el sombrero echado sobre las cejas, Juanito se enteró por tercera vez de la situación de las cosas y de que las conversaciones del café giraban alrededor del mismo tema; como quiera que la intriga era conocida de todos los parroquianos, y la visible mortificación que la diva de cuarto bajo hacia vanos esfuerzos por disimular, aguzaba más y más la curiosidad; pero como deseaba no ser conocido, volvió á salir á la calle, deliberando consigo mismo acerca de la resolución que el caso exigía.

Eran cerca de las once, hora que marcaba el límite de la espera de Amalia. Con arreglo al programa fijado por la tarde, no hallándose Luciano en el café, Juanito no debía ir á buscar á la joven, y la ansiada cita, que él consideraba lógicamente como un paso decisivo en el camino de la represalia conyugal, quedaba en suspenso y expuesta á un cambio de resolución. Por otra parte, el seductor no abrigaba la menor duda de que su amigo se presentaría en el café á coronar la obra. Le había visto en el comedor del Club, aunque á distancia, porque en aquellos días evitaba encontrarse con él á fin de aparecer más ajeno á los acontecimientos futuros, y le notó preocupado y silencioso, sin que los amigos, que le felicitaban por su conquista, pudieran sacarle una palabra del cuerpo. Este ensimismamiento de Luciano pareció á Juanito propio de la circunstancia. Antes de apoderarse de la alhaja calculaba mentalmente lo que la alhaja le iba á costar. En cuanto á su tardanza en comparecer á la toma de posesión, podía explicarse de mil maneras. El haberse quedado á comer en el Club, cosa que solía hacer muy pocas veces, confirmaba que Luciano entraba á velas desplegadas en la vida irregular de los maridos emancipados.

—No haré yo la tontería de perder esta ocasión que se me ofrece de precipitar un desenlace por el que tanto suspiro desde hace tiempo, decía para sí al salir del café caminando con paso acelerado hacia la casa de Amalia. Que se encuentre ó no se encuentre Luciano en el café, en este momento preciso, no altera la situación de las cosas, ni por tan pequeño accidente voy yo á aplazar, con riesgo de que se malogre, una cita secreta á las once de la noche, en el domicilio conyugal, cuya puerta me abre la misma mujer quemando sus naves. Porque no hay que darle vueltas, ya quiera salir ó ya quiera quedarse, este paso la pone enteramente á mi disposición. ¡Y qué hermosa estaba esta tarde, al encabritarse sacudiendo la cabeza, como una yegua de raza, por los espolazos que yo hábilmente supe administrar! ¡Es una soberbia mujer, y no se necesitaba menos para hacerme salir á picos pardos, con una noche de perros como ésta, con riesgo de atrapar un romadizo! Vamos, Juanito, que ocasiones como la presente hay que cogerlas al vuelo, porque no se ofrecen más que una vez en la vida. ¡Cásptala! no me he visto nunca tan emocionado: no parece sino que hago hoy mis primeras armas.

A pesar de esto, Juanito caminaba como si fuera de corcho, y no tardó en enfilar la calle donde vivía Luciano. Ocupaba éste el cuarto principal de una casa grande. La calle, que era de poco tránsito, estaba desierta y ya enteramente cubierta de un grueso tapiz de nieve, que seguía cayendo á copos. Juanito penetró en el portal, subió la escalera y llamó con mano temblorosa en la forma convenida.

¿Qué hacia Amalia?

Nuestros lectores, que conocen la disposición de espíritu en que la dejaron las péridas confidencias del amigo de su marido, los furores, las postraciones, los enteramientos que se disputaron su ánimo, pueden comprender la ansiedad dolorosa con que esperó la llegada de Luciano á la hora de comer, indecisa acerca de la actitud que debía guardar con él. Por un lado su orgullo de mujer, todos sus sentimientos ajados y escarnecidos, el temple meridional de su carácter le aconsejaban el disimulo, le representaban como vileza todo lo que no fuera la ruptura definitiva con el infame que iba á hacer de ella la fábula de Madrid; pero por otro sentía levantarse dentro de su corazón, que no había dejado de amar al infiel, gemidos de angustia y de dolor, impulsos de reconvenirle, de echarle en cara su ingratitud y su abandono, de hacerle ver la sima de ignominia en que iba á precipitarse, arrastrándola á ella y al tierno fruto de su unión.

C. SUÁREZ BRAVO.

(Concluirá).

NUESTROS GRABADOS

Bisonte atacado por lobos

ESCRULTURA POR JOSÉ CAMPENY

El autor de este grupo se ha dado á conocer repetidas veces por su fogoso talento. Busca las dificultades para vencerlas ó cuando menos para intentarlo. Y muchas veces ha salido triunfante en el empeño. Tal es el caso en el grupo que va en este número, y en el cual Campeny ha hecho alarde de su valentía en el componer y en el modelar. Todo es valiente en esta escultura. El bisonte que está tratado con gran soltura y con detenida observación del animal, y los lobos que se revuelven furiosos para sujetar á la fiero, habiéndolo ya logrado en mucha parte. Cada lobo es un estudio muy detenido y feliz de estos animales carníceros. El movimiento de cada uno de ellos está hallado con gran acierto. La variedad de líneas que ofrecen merece llamar la atención, como también la riqueza de efectos de claro oscuro que se descubren en el grupo contemplado en conjunto.

Si se atiende á los pormenores, sin pecar de minuciosa la escultura de Campeny, los tiene en número bastante á dejar probado que no descuidó su autor rasgo alguno que hubiese creído de algún valor bajo el concepto de la expresión del grupo y bajo el concepto también del arte. Esta obra ha sido fundida en bronce con suma perfección en la fundición artística de don Federico Masriera, que va adquiriendo merecida reputación en la especialidad. Hizose á *cera perdida*, procedimiento que conserva mejor que ningún otro los detalles finos del original.

Consagración de la iglesia restaurada de Santa María de Ripoll

DIBUJO DE RAMIRO LORENZALE

Son muchas las iglesias que están sólo bendecidas y que por lo tanto no se han verificado en ellas las largas ceremonias que según el ritual romano deben verificarse para la consagración. El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vich, á quien se debe, conforme hemos dicho repetidas veces, la restauración del admirable monumento románico de Ripoll, quiso que al ser devuelto al culto católico, fuese consagrado, como probablemente lo fué también en las dedicaciones verificadas desde los tiempos de Vifredo el Velloso hasta la época del Abad y Obispo Oliva. La ceremonia se llevó á cabo con la mayor solemnidad, practicándose puntualmente, como es de suponer, todos los actos que prescribe el rito, y entre los cuales se halla el de trazar en el suelo sobre ceniza los alfabetos latino y griego. Fueron prelados oficiantes en la consagración los Excmos. é Ilmos. Sres. doctor don José Morgades y Gilí, Obispo de Vich, Dr. D. Francisco de Asís Aguilar, Obispo de Segorbe, y Dr. D. José Massaguer y Costa, Obispo de Lérida. Las dos terceras partes de las ceremonias se hicieron á puerta cerrada, conforme lo previene el pontifical de obispos: á la última se admitió á los fieles, y ésta es la que reproduce con gran maestría, con toda su grandiosidad y de un modo fidelísimo, el lápiz del joven artista Ramiro Lorenzale, en el dibujo que damos en este número y que constituye una página interesante en la crónica de la restauración de Santa María.

La iglesia de Santa María de Ripoll en la función del día 2 de Julio de 1893

DIBUJO DE JOSÉ CABRINETTY

Inauguróse la iglesia de Santa María el día 2 de Julio con una solemne función en la que se cantaron los Divinos Oficios y predicó el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Seo de Urgel, Dr. D. Salvador Casafas. Este momento ha presentado con gran fortuna el artista Cabrinetty, en el dibujo que publicamos en este número. La impresión que causaba el templo se halla perfectamente reproducida. Dominaba en el crucero el grupo formado por los Prelados, y junto á él descolaba el altar con el riquísimo mosaico regalado por S. S. el Papa León XIII. En el instante del sermón las miradas se dirigían hacia el púlpito, construido con maderas preciosas de Indias, regalo de los PP. Jesuitas, para escuchar la divina palabra en boca del expresado señor Obispo. Todo esto se ve en la lámina. En ella aparece igualmente la portentosa grandiosidad de la iglesia de Santa María de Ripoll. No hay exageración en las proporciones de aquella nave y de aquella bóveda: de la misma manera se ofrece en la realidad ante los ojos. No es de extrañar, pues, la impresión que la iglesia produce al penetrar en ella. El espíritu queda sobrecogido; el hombre se siente pequeño; mas pronto esta suerte de anonadamiento se trueca en expansión inefable que se eleva al trono de la Santísima Virgen y de su Divino Hijo. La belleza y la sublimidad se dan la mano en la iglesia de Santa María de Ripoll.



Vamos á indicar un procedimiento muy sencillo y curioso que permite descomponer los rayos luminosos de la llama de una bujía ó de una lámpara.

Basta para ello disponer de un espejo de cualquier tamaño. El prisma empleado por Newton en sus notabilísimos trabajos sobre la composición de la luz blanca resulta inútil. Échese suavemente sobre la superficie del espejo el aliento y coloquémonos en seguida á la distancia de algunos pasos del espejo, procurando al propio tiempo situar la llama objeto del experimento entre ambos ojos y muy cerca de la cara. Si en esta situación se mira el espejo, se verá la llama menos viva á causa de la opacidad producida por el aliento en la superficie del espejo, y al

mismo tiempo rodeada de dos series de bandas coloradas. Cada banda comprende todos los colores de que se compone la luz proyectados en el espejo, sucediéndose por orden desde el violeta al rojo, á partir del interior de la imagen hacia el exterior de la misma.

Si se quiere que la luz no incomode, empleese una lamparita cuyo mechero pueda graduarse á voluntad, dando mayor ó menor extensión á la llama.

Si se hace uso de una lámpara de alcohol, las bandas observadas serán completamente amarillas si el alcohol empleado contiene una disolución de sal marina; rojas, si la sal marina se ha sustituido por el cloruro de estroncio... etc., etc.

La persona que haga el experimento, variando las condiciones con que éste se efectúe, podrá ir estudiando las curiosas apariencias que el fenómeno presenta y buscar la causa que las produce. Por ejemplo, cerrando el ojo derecho desaparecerá la serie de bandas coloradas situadas á su izquierda...

Si se construye un higrómetro, de modo que una de sus paredes sea un espejito, la aparición en éste de las bandas coloradas indicará que el instrumento señala el grado máximo de humedad... etc., etc.

En fin, el lector podrá modificar y variar á su gusto esta serie de recreos que el experimento puede procurarle.

* *

Un labrador tenía dos hijos á quienes quería entrañablemente. El padre murió dejando á sus dos hijos un campo por toda herencia. El mayor se fué á la corte y llegó, no por su mérito, que era muy escaso, sino con sus intrigas, sus bajezas y sus adulaciones, á hacerse el favorito del príncipe. El menor, sin envidiar la suerte brillante de su hermano, cultivó el humilde campo de su padre, y vivió contento con el trabajo de sus manos. Un día el cortesano, que había ido á ver á su hermano menor, le dijo: —¿Por qué no aprendes á agradar? Si quisieras ser un poco lisonjero no tendrías que trabajar como ahora para vivir; pronto te harías lugar en la corte, en la cual yo te procuraría un empleo eminentíssimo. —El hermano menor le respondió sensatamente: —Aprende, hermano mío, lo mismo que yo, á trabajar, y no te verás obligado á ser esclavo.

* *

Un príncipe, niño aún, se paseaba un día con su ayo en una floresta. Un ruiseñor que cantaba llamó la atención del niño real, y como era niño y príncipe, quiso cogerlo con sus manos para ponerlo en su pajarera; mas el ruido que hizo para alcanzarle ahuyentó al ruiseñor. Estuvo un momento triste y silencioso el principito, y dirigiéndose luego á su ayo: «Quisiera saber, le dijo, porque el más amable de los pájaros permanece siempre en el fondo de los bosques, en una soledad profunda, mientras que mi palacio está lleno á todas horas de gorriones, de golondrinas y de otras aves que valen mucho menos que él.» «La razón es muy sencilla, respondió el ayo, el cual aprovechó esta ocasión para dar á su discípulo una lección que podría serle muy provechosa con el tiempo; los necios saben siempre darse á luz; el mérito se oculta; los hombres de mérito es preciso las más veces irlos á encontrar.»

* *

Enseñando un baturro á otro la fuente del Loro en Zaragoza, le dijo:

— Chiquio, mia nuestro padre Adán.

— ¡Quiá! si es el dios Nocturno.

— ¡Qué más da; los dos fueron Apóstoles!

Un francés, en la guerra de la Independencia, después de ajustar una libra de carne, no la quiso. El aragonés que la vendía creyó que el gabacho lo entendería perfectamente terminando en é las palabras, y le dijo:

—*Vu la llé... que es bué... de ové... y no tié... hué...*

Los vecinos del pueblo, muy alarmados, quisieron matar al cortante, porque se había afrancesado, pues hablaba con tanta corrección y facilidad la lengua del odiado extranjero.

El callo es una especie de dureza ó excrecencia tuberosa parecida á una berruga aplastada, que crece sobre los dedos y planta del pie, y alguna vez entre aquéllos, particularmente entre el cuarto y quinto, producida por la compresión del calzado, cuando éste es muy estrecho y demasiado corto; por el contrario, siendo demasiado ancho, juega el pie dentro, y los pliegues de las medias poco tirantes forman los callos cuando se camina sobre un piso desigual, duro, escabroso y cónico. Entonces la frotación continua del zapato y pliegues de la media sobre los dedos ó sobre la planta del pie determina un punto de irritación de que resulta un callo ancho y doloroso.

Tan luego como se observa que se forma un callo se cortará con unas tijeras ó con una navaja de afeitar, ó, lo que es mejor, se arrancará con la uña, si es posible, y de esta manera no renacerá ya. Pero si la excrecencia tiene tiempo para extenderse y echar raíces, será en vano cortarla si no se saca la raíz.

Para hacer incombustible el papel, no hay más que pasar sobre él mismo una disolución de alumbré en tres partes de agua, cuando está en hervor y cargada de sal, y hágase secar.

El tiempo agranda todo aquello que no destruye.—GUIZOT.

La condición más importante de un hombre no es ni su patrimonio, ni sus conocimientos, ni su talento, sino su carácter.—DOCTOR BRETONNEAU.

Amar á alguno es quitarle el derecho y darle el poder de hacernos sufrir.—CONDESA DIANE.

El medio de hacer que una mujer reconozca nuestra superioridad consiste en demostrarla que sabemos prescindir de ella.—ARMANDO HAGEN.

¿Quién se atreve á mirar el sol? Nadie, á menos que haya un eclipse.—SÉNECA.

La vida es corta, pero la desgracia la prolonga.—PUBLIO SIRUS.

Es preciso la vida entera para aprender á vivir y (esto te causará alguna extrañeza) para aprender á morir.—SÉNECA.

El precio real de las riquezas está en las cualidades morales del que las posee; para el que las emplea bien son un bien; para el que abusa de ellas son un mal.—TERCUCIO.

Cuando la fortuna nos acaricia es que nos quiere engañar.—PUBLIO S.RUS.

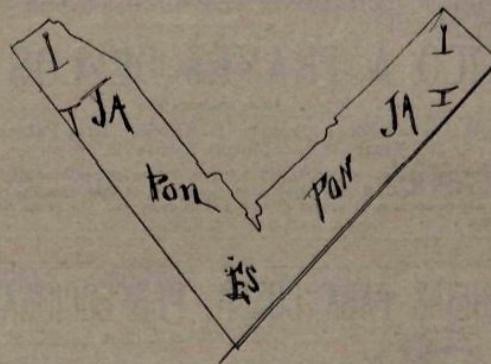
La gente no es aficionada á las historias en las que no entra para nada el sentimiento.—EL ABATE ENRIQUE PERREYRE.

El medio más seguro de probar la sinrazón de la fortuna, es el valor de la adversidad.—SÉNECA.



Soluciones al número anterior:

A la charada:



Al rombo:

E
A N A
E N C I A
C L A U D I O
M A L V A R O S A
C A L E N D A R I O S
E N C U A D E R N A D O R
I S O M O R F I S M O
S E C U N D I N O
G I R A S O L
C E D R O
S O L
R

CHARADA

La primera un nombre propio que he traducido al francés, y la segunda la emplea mucho aquél que no habla bien.

Mi segunda con tercera tiempo es del verbo ceder, y el todo de mi charada dulce nombre de mujer.

F. ANGLADA, de Vélez-Málaga.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros correspondentes y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ellos.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. Espasa y Comp.^a, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

BIBLIOTECA CONSULTIVA DEL MÉDICO PRÁCTICO

COLECCIÓN DE OBRAS ESCOGIDAS

DIRECTOR:

Dr. J. Corominas y Sabater

Obras publicadas y en venta

La Terapéutica antiséptica, por el Dr. Trouessart.

Tratamiento de la fiebre tifoidea, por el Dr. Juhel Renoy.

En prensa

Patogenia y tratamiento de las nefritis y del mal de Bright, por el Dr. Labadie-Lagrange.

Neurastenia, por el Dr. A. Mathieu.

En preparación

Tratamiento de la tisis pulmonar, por el Dr. G. Daremberg; 2 tomos.

De la esterilidad en la mujer y su tratamiento, por el Dr. de Sinety.

La Difteria, por el Dr. H. Bourges.

La Bronco-pneumonia, por el Dr. E. Mosny.

Úlcera del estómago, por los Dres. G. M. Deboeze y J. Renault.

La BIBLIOTECA CONSULTIVA DEL MÉDICO PRÁCTICO se publica por tomos de 200 á 300 páginas, en 8.^o, apareciendo un tomo cada mes, al precio de 3'50 pesetas en rústica, y 5 pesetas con piel negra, flexible, canto superior dorado y rótulo de la misma clase.

Edición monumental

MÉXICO Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

OBRA ESCRITA POR

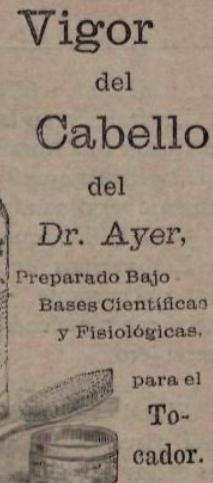
Arias (D. Juan de Dios), Chavero (D. Alfredo), Riva Palacio (D. Vicente), Vigil (D. José María), Zárate (D. Julio)

Esta suntuosa edición consta de cinco tomos ilustrados con riquísimos grabados, cromos, láminas sueltas, y regalo d'una espléndida oleografía de gran tamaño al final' de cada tomo. Se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno, y el coste total de la obra es de 157 pesetas.

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 288 páginas en 4.^o, impreso con papel superior y tipo claro y no obstante sus recomendables cualidades se vende al último precio de 20 reales.

DR. C. KRAUOB
POR EL

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS



Vigor del Cabello del Dr. Ayer.

El Cabello cuando no se le cuida debidamente pierde su lustre, se pone duro, rasposo y seco, y se cuece con profusión al peinarse. Para impedirlo la preparación mejor es el

Exhuberante y Hermoso.

Destruye la caspa, cicatriza los humores molestos del cráneo, devuelve su color original al cabello descolorido y gris, lo pone sedoso y le comunica una agradable fragancia. Con el uso de este cosmético la cabeza menos poblada se cubre de un cabello

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., E.U.A. Lo venden los Farmacéuticos y Perfumistas.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS

WERTHEIM

LA ELECTRA

funcionando sin ruido

PATENTE DE INVENCION

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

AL CONTADO Y Á PLAZOS

18 bis, AVINÓ, 18 bis.—BARCELONA

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PENA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Disgéspsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE
HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de
PIEDRA (por Alhama de Aragón)

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Poo. — Viajes regulares para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tanger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha sido acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana o jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Rípol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guardia. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.